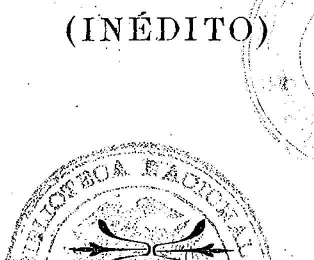


JUAN MONTALVO



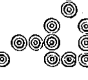
DE LA RISA

(INÉDITO)



Ambato—Ecuador
Talleres del Instituto «Luis Martínez»
1916





DE LA RISA

UNA EXPLICACION

DEL EDITOR

Habiéndose organizado en Ambato el Comité «Montalvo» con el objeto de allegar fondos con qué erigir un modesto mausoleo que guarde perpetuamente las cenizas de nuestro esclarecido conterráneo Sr. Dn. Juan Montalvo, que yacen ahora en el Cementerio Municipal de la muy noble y generosa ciudad de Guayaquil; es deber mío contribuír a la rea-

lización de tan patriótica idea facilitando en lo posible la colecta de dichos fondos por un medio más práctico y de más seguro resultado, cual es el de publicar y poner en venta a precio razonable uno o dos de los pocos manuscritos inéditos que del mismo Sr. Montalvo he conservado por largos años con religioso respeto y como recuerdo querido del maestro a quien tuve el honor de servirle de Secretario, mereciendo siempre su amistad y confianza.

Con el generoso concurso de mi inteligentísimo amigo Dn. Miguel Angel Albornoz, que costea conmigo la edición, publico primeramente el antiguo manuscrito intitulado «De la Risa», precioso artículo que como todos los de Montalvo tiene el sello característico de un estilo peculiar e inimitable con bellezas literarias de inapreciable valía, profundo conocimiento del corazón huma-

no y sabias enseñanzas morales que hacen el deleite de cuantos son los espíritus delicados que no se canzan de leer al admirable Cosmopolita.

Paréceme que el artículo «De la Risa» no quedó terminado, si se ha de juzgar por el primer número romano que lleva después del título, a menos que éste hubiese sido el primero de la serie de escritos que acaso pensó escribir el autor sobre los diversos sentimientos y las diversas pasiones del hombre; puesto que así parece indicarlo el título general de Fisiología con que encabeza el pliego. Mas, sea de ello lo que fuere, el tratadito «De la Risa» será del agrado de amigos y enemigos, de tirios y troyanos; porque felizmente para nada se mezcla en él esta malhadada política nuestra que extravía el criterio más sano; y todo lo pervierte y todo lo mancha y todo lo desnaturaliza, como

sucede con las Catilinarias, obra sin rival según mi desautorizada opinión, lo mejor, lo más hermoso de cuanto salió de la envidiable pluma del autor de «El Regenerador» y de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes».

En la primera administración del señor General Plaza, mostró este magistrado bastante empeño porque se hiciese en Europa una lujosa edición de las obras de Montalvo, bajo la inmediata dirección del Sr. Dn. Roberto Andrade, quien debía trasladarse para el efecto a París o Barcelona. Con tal motivo cedí al Gobierno la colección completa de cuanto publicó el egregio ambateño; y agregué a ella los escritos inéditos: «De la Risa», «La Casa del Duende», «La Rústica Desdémona», «Vísperas Sicilianas», «El Arzobispo de Quito», «El Papa y la Excomunión», o sea contestación al crítico Dn. Rafael Merchán; y

uno o dos más cuyos títulos no recuerdo. De estos inéditos hice sacar sendas copias en previsión de que se perdiesen los originales; y tengo por seguro que en ellas ha de haber muchas faltas ortográficas y omisiones y cambios de algunas palabras; pues no tuve a tiempo una persona de confianza que se encargase de confrontarlas con los originales, los que seguramente deben reposar en poder del Sr. Andrade.

Juan Benigno Vela.

Ambato, a 15 de Marzo de 1916.





FISIOLOGIA

I

De la Risa

Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reir de todo, en todas partes y a

cada instante, qué es sino pobreza de espíritu? Los bufones antiguos tenían obligación de hacer reir a sus amos, y así andaban a caza de donaires mediante los cuales vivían a mesa y mantel en los palacios. Semejantes empleados habrán sido del gusto de los príncipes bárbaros de la Edad Media, pero en el día no es aceptable un enano burlón y estrepitoso, y mucho menos cuando sus ingeniosidades no siempre tienen la sal en su punto. Yo aguanto de buena gana el hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo dá que en vez de reirse alto y grueso, se rían entre las barbas ese **ji ji** quebrado y nudoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huid como del zorro de ese

viejo barbirucio y graciento que se empieza a reir pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia: se ríe al ver un conocido, se ríe al saludarle, al preguntar por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe: envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve: no se había reido todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerce la esquina, le llamará otra vez, para reirse de adición: mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una posdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reirse, porque esos ji jis vivarachos y espeluzantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retozar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo mur-

mura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente. Ancha su cara como la rodela de Don Quijote, aborrascadas y cenicientas sus barbas como las de Hudibrás, se ríe hasta con esos ojillos de color celeste. Y cuando habla de queja, cuando rememora la ingratitud de sus favorecidos, los bienes que ha hecho a sus semejantes, sin que su propia mano izquierda lo supiese, entonces llora; pero como el llorar de una manera absoluta sería perder tiempo de reirse, llora con el un ojo y con el otro se ríe, como el personaje de Labruyére. La risa no se alberga sola en el laberinto de sus barbas; duerme en la misma cama con la mentira y la difamación, y juntas se levantan muy temprano, para acostarse muy tarde entre las mil sabandijas que pululan en ese chaparro de

brujas. Si este viejo se riera alto, grueso, furibundo, como ese otro enano, yo todo le perdonara, todo! Pero ese reido de culebra, aguloso, quebrado, añudado como un quipo; ese trotecito impertinente e interminable de la boca con el cual se va camino del mal del prójimo, eso no hay quien le sufra. A menos que el del reir agudo se encuentre con el del reir gordo y pringoso: éstos sí que se comprenden y complacen de hallarse juntos, para reirse el uno como violín, el otro como **violón**; el chiquito, como se riera un elefante; el grande, como se riera un caballo de ajedrez, trocando los frenos en el reir, conformes en el mentir y el difamar.

La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, esa es otra cosa. Unos sabios vierten lágrimas en contemplación de las miserias humanas, otros se ríen de ellas: no sé

cuales tengan razón; unos y otros talvez; porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso, y, como Cástor y Pólux, viven a días: mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos.

Hay risa fina y delicada, sal preciosa que azainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto: ella es tónico de la vida, sin el cual la tiranía de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza. La risa lo combate, lo destruye: el que puede reir de corazón, está seguro de que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel. Cuando el in-

genio acierta a encarnarse en un habla alegre, se reviste de una de sus más donosas formas, y campea haciendo quiebros en la tertulia inteligente. La chispa es un delicioso cordial, (si reluce y chirria dentro del círculo de la moderación y el decoro;) mas cuando quiere brillar sin término ni medida, viene a parar en fuego fátuo. Si sucede que nuestra sal reanima a los demás, podemos estar ciertos de que hemos dicho cosa buena en buena forma; pero cuando el dueño de la gracia se ve obligado a dar la voz de la risa, no ha habido sino una majadería.

Hay risa fila y penetrante que se va al través del pecho como frío puñal: la malicia, la ironía, el sarcasmo suelen reirse **pian piano**, y muy como quien no dice nada degüellan a su víctima. Esta risa es asimismo un espíritu sutil que ciertos alquimistas infernales

extraen del odio, la envidia, la malignidad, para envenenar a sus semejantes; espíritu que cuando es elaborado por la moral y la virtud, con el fin de matar los vicios y conciliar vigor a las buenas costumbres, es precioso, y resulta de operaciones más sabias que las que fueran menester para dar con la piedra filosofal. Tenga un hombre una sombra de inteligencia, y sabrá al punto el juicio que de él forman los que le oyen, cuando a sus proposiciones y donaires responde alguno de ellos con una de esas risas que apagan el buen humor. Al que se ríe por vía de de censurar vicios y defectos, aplaúdasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reir de Sócrates, que no halle sino silencio. Sabiduría y virtud encarnadas en una sola persona, componen una divinidad alta y augusta: mofarse de ella es vilipendiar a los dioses.

Hay risa que cae cual un martillo; risa feroz que sofoca y abruma al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo: esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón. La venganza se ríe también, pero no en todos sus períodos: en el primero es dura, agria, fementida; lejos de reír se está callada y zahereña: en el segundo se hincha, se inflama, se envenena; echa espuma por la boca, fuego por los ojos. En el tercero, está madura, no puede más, revienta, y muere o destruye al enemigo. En este último caso se suele reír: la venganza satisfecha tiene su alegría de Satanás, y se ríe como Antonio.

Hay risa hueca, retumbante cual trueno sin rayo; risa abombada y voluminosa, risa de tonto, en una palabra, que estalla sin oportunidad, suena sin melodía, y no hace más perjuicio que incomodar los oídos. Un bobo está siempre aparejado para reír, y con su reír sin sal ni otro aderezo sale de cualquier paso. Si hubiera un purgatorio especial para los tontos, sería de ir a verlos purgar su desabrido pecado, dando de barato que el tonto pueda salvarse alguna vez; y si entran a la parte en esta regalía de la gloria eterna, como cualquier hijo de vecino, pregunto yo; se van al cielo con su tontera a cuestas? dejan heredades de ella a sus descendientes? Nada: el aire de la eternidad les limpia esa inmundicia, y no llegan a la faz del Altísimo a menos que le presenten espíritu bañado en virtud e inteligencia.

El tonto es cosa terrible: entiende al revés una cosa, se ríe; no la entiende de ningún modo, se ríe; los casos tristes, él se los ríe; los indiferentes, se los ríe; y no por mal, sino porque piensa que allí es de reír, y que si no se ríe bien reido, pasa por tonto. Tan importuno es éste donde están preponderando la inteligencia y el buen decir, como apetecible y socorrido para el concurso a quien abruma el incómodo silencio. Uno que se está riendo aunque nadie hable, sirve de piano, cubre y disculpa el callar sempiterno de los circunstantes.

Hay quienes poseen su risa de especulación: riéndose mucho pasan por inteligentes, amenos; son convidados a almorzar; se engordan a buena mesa, sin que salga humo de su techo. Este alegre vividor tiene que ser muy maldiciente, muy noticiero, muy mentiroso; sino ¿de dónde ha-

bía de tomar sus flechas? Su aljaba es la murmuración; su fuerza, muchas veces, la calumnia. Moteja a los ausentes, da soga a los presentes; chancea, anda zumbándose, despotrica sin término, y es el que más festeja sus graciosidades y se inebría con las sales de su espíritu, dando la voz en esos chacoones donde piensan los bobos que están muy divertidos. Algunos de estos suelen figurarse que el reír mucho es tener mucho talento y ser amabilísimo: se ríen como por tarea todo el día, y se van descuartizados a la cama. Sacan a lo menos este provecho: duermen largo, profunda y pesadamente; otra ventaja de la tontera.

Y los que se ríen de imitación? Estos son los doctores por la universidad de ciencias fátuas. Los áulicos de Dionisio eran todos cortos de vista, andaban provocando a la gente con ese fruncir los

ojos y ese mirar despacio que irrita a los mal sufridos hasta los bofetones, y todo porque el tirano era cegato: muchos de ellos eran unos zahoríes, pero no veían gota. Si hay quien imite defecto o desgracia tan triste como la ceguera, ¿no ha de haber quien imite cosa tan buena coma la risa? Esto es tomar la tontería del vecino sobre la propia; albarda sobre albarda. Dios los perdone a estos benditos; el mundo no los perdona. Ríanse de veras, ríanse de fingido, vayan a reírse en sus casas, y no descompongan las tejas ni rajen las paredes de la ajena, sirviendo de temblor todas las noches con ese carcajadear estridente que semeja a un derrumbamiento de piedras.

No me nombren tampoco a ese quídam seco, agrio, repulsivo que permanece él solo como de palo en medio de una risa agradable y general: tras esa adustez, que finge por dis-

tinción, entreparecen la insensibilidad o la imbecilidad. El que jamás se ríe es tan sospechoso como el que no deja de reirse: si yo supiera de alguien que en su vida se ha reido, huyera de él como de un tigre. Este hervor de la naturaleza que se llama risa, tan saludable cuando viene en razón, es necesario para el buen temperamento del alma y del cuerpo; sacudida voluptuosa que cierne los malos humores, y nos deja aliviados y expeditos; suave tremor que nos acomoda los huesos y nos hace gustar de la vida, aun en medio de los sinsabores con que nos andamos afligiendo unos a otros. Si sabéis de un hombre que no se ha reido un año, no por falta de disposición natural, sino de ocasión, le dáis por infortunado, y lo es de todo en todo: solitaria, triste, debe de ser su vida. Este no ha oído en tanto tiempo ni un donaire de buena ley, ni una

sandez graciosa, ni una sátira superfina, ni una fanfarronada ridícula, ni un salado acontecimiento, ni una mentira de a folio: no ha visto caerse a nadie patas arriba; no ha visto unas narices de a palmo entre dos ojos de pollo; no ha visto un sombrero antidiluviano ni un casacón chambergo: no ha visto ni oído nada de eso, ¿cómo se hubiera de reir? Estaba en cama? en la cárcel? en un desierto? El que vive entre sus semejantes, sus amigos, da en, y halla de que reir a cada paso con sus ridiculeces propias y las ajenas. No haberse reido un año, es haber estado muerto un año: los que piensan que viven, ríanse de cuando en cuando; mas si son sabios, procuren no hacer reir a nadie. Cosa singular, y capricho de los que suelen los mortales, el que más gusto nos proporciona, es el que menos alcanza nuestra estimación: un gracioso de profesión tiene

algo de volatín: gusta el vulgo de sus suertes y lances, pero no hay a sus ojos sujeto más despreciable: Juan Rana, Ganasa, Pantalón son personajes divinos, a la diabla, en el escenario: en la calle, en el trato humano, Dios los asista! Y otra cosa, más rara todavía: el que dice gracias, buenas o malas, muchas o pocas, no es buscado ni para obispo, ni para oidor, ni para novio, ni para maldita de Dios la cosa; y el que las escribe, merece el aplauso de las gentes: los hay entre ellos que se alejan ya del mundo siglos, y el género humano aun no se cansa de seguirlos por la eternidad batiendo las palmas atrás de éllos: Cervantes, Shákespeare, Moliere son la admiración perpetua de los hombres.

La sal vuelve estéril el terreno donde se la siembra: para que la risa sea dulce y de buen efecto, conviene que nazca de la sal; y cuando

ella es sincera, bien templada, profunda, que arranque de las entrañas, no de la boca puramente; cuando el corazón, el espíritu tienen parte en ella, entonces la risa es como un destello de gozo divino que alumbra ésta nuestra parte moral tan propensa a las sombras de la melancolía: ya se entiende, si la chispa brota entre la honestidad y la decencia; pues los donaires que se disparan en el campo de la corrupción, son flechas enherboladas que van a herir a las virtudes. El decoro es el principio de la sal ática, esa que conmueve agradablemente, e imprime en el rostro de los que la saborean el amable gesto al cual las Musas, sin duda, bautizaron con el dulce nombre de sonrisa. Esa sal es para el alma, ella la gusta, ella es quien se ríe en las misteriosas y profundas regiones donde la tenemos invisible. La sal gruesa, común, produce

carcajadas; y no se me niegue que en ellas hay algo de ordinario, de vulgar y molesto, que poco se aviene con la noble risa de la inteligencia.

Entre los seres mortales, al hombre solamente le ha sido concedida la facultad de la risa; los animales saben llorar, mas no disponen de ese medio de imprimir sus alegrías. Satanás lloró en presencia de su corte al considerar su miseria profunda e irremediable; pero nunca se le ha oído la grata risa del placer, porque él no la conoce: si se ríe, es de dolor, de furor, de desesperación, en ese abominable júbilo que le proporcionan los tormentos de los réprobos, júbilo que le despedaza las negras entrañas; y cuando así se ríe, sus carcajadas revientan como trueno funesto, y van retumbando por las regiones infernales, hasta apagarse lúgubres en los confines de la nada. Si los seres angélicos gozan el don

de la risa, ¡qué raudales de dulce armonía serán esos! No os figuráis que Dios mismo aparta los labios en su beatitud infinita, y se sonríe, al ver reír en el seno de la gloria a los serafines? No: respecto de los entes superiores, no concibe uno sino que viven su vida eterna en quietud y silencio inviolable.

Los mortales reímos: el dolor mismo ha de ser muy grave, muy agudo, muy pungente, para que no se deje inquietar alguna vez por esa divinidad pequeñuela y seductora que anda estampando en el rostro de los felices esa figura inexplicable que se llama risa. La risa no es el sello de la dicha puramente: ríe también la desgracia, ríen las lágrimas y muchas veces la tumba es traicionada por tal cual risa fugaz que suena en secreto tras el rebujo negro de la viuda. La austeridad es el punto de honra de la pesa-

dumbre: los que estamos o debemos estar perdidos en el oscuro mar de la tristeza, lo damos a entender con el silencio; pero sólo el que nada sabe del corazón no tiene malicia de lo que a solas pasan el hombre o la mujer más desdichados. El pensamiento no puede andar siempre entre abrojos ; gusta mucho de las flores; y no porque la suerte le persigue encarnizada a uno, le quita la facultad de gozar de fantasía. El destierro, el desengaño, el desamor, el hambre misma, la orfandad, la viudez; el infortunio y el dolor en todas sus formas, sólo han menester un instante de secreto profundo para burlarse de la fortuna con una amable risa que viene a desarrugar la frente: de muchas horas pasadas suele descargar la imaginación a los hijos de la desgracia. El hombre es una péndola entre una sonrisa y una lá-

grima, según la filosofía de un poeta, sentencia que conviene tanto a la próspera cuanto a la adversa fortuna. Si al desgraciado no le faltan del todo gratos trances de placer, al dichoso le suelen sobrar ocasiones de dolor. Riendo y llorando vivimos; sólo la adustez de la muerte es inapeable: al sepulcro descendemos muy formales. Los que se quedan todavía, lloran con el un ojo y con el otro se ríen.

Y la risita purpurina que sale temblando por entre los labios de la beldad inocente? Esa es para la vista un gesto amable, para el oído una armonía melodiosa. ¿Hay instrumento más alegre y seductor que la garganta de una bella, henchida de dulces gorgoritos? Si un ángel invisible imprime en esa voz la sonoridad argentina de la inocencia, ya no caben en lo humano acentos más celestiales de la

mujer joven y pura que con la risa expresa la inquietud de su pecho; inquietud alegre e inocente, cuando sus pensamientos empiezan a asomarse a la malicia: malicia de serafines, afecto indefinido y vago, embrión de la más tierna de las pasiones nobles. La risa es como las lágrimas en la mujer hermosa: todo seduce en ella, porque en ella todo es poesía. De un rostro amable, de ojos rasgados y lánguidos, asombrados por largas y sedosas pestañas; de labios grosezuelos y encendidos que se apartan en angélica sonrisa, y por entre su voluptuosa rubicundez, dejan asomarse la blanca dentadura; de mejillas provocativamente llenas, bajo cuya epidermis circula una sangre pura cual disolución hervorosa de rubíes; de frente arqueada y límpida, cuyos términos son, por una parte, las cejas negras, por otra, la crespa, hundosa cabellera; en

este rostro, digo, suena una dulce música, la música visible, música de formas que se nos entra al alma por los ojos...

Juan Montalvo.





Partida de Nacimiento

Como hasta la presente no se ha publicado la partida bautismal de don Juan Montalvo, y los biógrafos del ilustre escritor andan equivocados en cuanto a la fecha del nacimiento y otros particulares, los editores del presente folleto han creído oportuno dar a luz aquel documento que dice así:

«Certifico con el juramento de ley, que registrado el libro de partidas bautismales que va de 1821 a 1824, en el folio 36 vuelta se encuentra la partida siguiente:

«En trece de Abril de mil ochocientos treinta y dos, el

párroco F. Domingo Benítez bautizó solemnemente a Juan María, hijo legítimo del ciudadano Marcos Montalvo y la ciudadana Josefa Fiallos, fué su padrino el Sr. Francisco Flor, a quien advertí su obligación.—Doy fé, F. MARIANO DOMINGO BENITEZ».

Es fiel copia del original al que me refiero en caso nesario. Ambato, 23 de Marzo de 1916. AURELIO VARELA».



